

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

Tres meses.	3
Sem.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar.	5 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Motín.	2,50
Idem del Suplemento.	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción.

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

EL ROSARIO

Cincuenta damas y cinco galanes, ellos piden para y ellas piden oves. (Adivinanza popular.)

Pero, señor, ¿quiénes son estas damas y estos caballeros tan mal criados y pedigüños todos, que no parece sino que les ha hecho la boca un fraile? ¿Quiénes son estas ilustres ascendientes del célebre Perico Manguela, que no ya por parejas, como las Hermanitas de los Pobres, sino en pelotones de á cincuenta y acompañadas de galanes, se lanzan por esos mundos de Dios á pedir *aves*, aun en los mismos días de Semana Santa, época dedicada por la Iglesia Católica á la penitencia y al ayuno?

He aquí dos preguntas que hubieran podido ocurrirse á alguna de mis discretas lectoras, si en el epígrafe de este artículo no me hubiese apresurado á declarar la solución de la adivinanza que lo encabeza. Por dicho título sabéis que se trata de las cuentas del rosario, y que las *aves* á que en aquella ingenua producción popular se alude no son de las *carne de pluma* que, según el refrán, *quitan del rostro la arruga*, sino *Aves-Marías*. Del rosario, por tanto, y de sus cuentas, voy á tratar hoy con la brevedad posible.

La India, cuna de casi todos nuestros cuentos de encantamiento y de otras muchas cosas, ha sido también cuna del rosario, cuyo uso propagó en España, por indicación de la Virgen Santísima, Santo Domingo de Guzmán, caballero nacido en Caleruega, pequeña villa de Castilla la Vieja. No indican las crónicas consultadas si el santo castellano entendía el sanscrito ó conocía las costumbres asiáticas; pero muy fácil y naturalmente se colige que debió conocerlas por las indicaciones del abate Fleury, autor de la *Historia Eclesiástica*, el cual sostiene que Pedro el Ermitaño, anterior dos siglos á Santo Domingo, había tenido ocasión, al predicar la primera Cruzada, de conocer en Oriente y transportar á Europa el uso del rosario, que los indios llamaban *djepian*, palabra derivada á su vez del vocablo *djepa*, que significa *rezo*.

Fué el rosario en la India no sólo de plata, oro, piedras preciosas y de marfil, que eran los más comunes, sino de flores delicadísimas, que se marchitaban al ser tocadas. De esta poética costumbre puede provenir también el nombre latino, italiano y español, *rosarium* y *rosario*, procedente á su vez de la palabra *rosa*, flor que con facilidad se aja y marchita; mas, sea de esto lo que quiera, lo que está fuera de toda duda es que el rosario procede de la India; que su principal propagandista en España fué Santo Domingo, y que Cristo, los Apóstoles, los Mártires, y en general los fervientes cristianos de los diez primeros siglos, no creyeron necesario llevar á la Divinidad la cuenta de las oraciones que le rezaban ó de las súplicas que le dirigían.

Del rosario, cuya curiosa historia no cabe desenvolver aquí, se abusó mucho en el siglo xv. ¿De qué no se abusa en este pícaro mundo? Las damas francesas de la vida airada desplegaron tal furor por llevar rosarios lujosos y de mucho precio, que el célebre predicador Olivier Mailler se creyó en la necesidad de censurar durísimamente desde el púlpito á las que, á título de devoción, afrentaban verdade-

ramente á la religión del Crucificado y ofendían el sentimiento público. Hoy el rosario ha caído casi en desuso en los países civilizados, y de su empleo en general puede decirse que está en razón inversa de la cultura y moralidad de los pueblos que procuran, ya mucho más con obras que con pasatiempos devotos, rendir homenaje á las ideas religiosas que cada cual profesa.

Pero considerado como objeto material, ¿qué es en sí el rosario usado por los indios, los musulmanes, los católicos y los turcos, que también lo usaron con el nombre de *comboloio*? ¿Qué es en sí este instrumento de devoción, puramente asiático y pagano en su origen? Pues es sencillamente un *ábaco*, un *tanteador*, utensilios que podréis ver en cualquiera escuela de instrucción primaria ó en cualquier billar. Con el *ábaco* se enseña á los niños á contar los números; con el *tanteador* llevan cuenta los jugadores de las carambolas que hacen; con el *rosario* se cuentan las oraciones rezadas. Un rosario, un tanteador y un ábaco son en el fondo una misma cosa: un instrumento para contar, instrumento derivado de las costumbres de los pueblos salvajes, que contaban por los dedos, valiéndose de la mano como de un ábaco natural. La mano, en este sentido, es un verdadero *rosario de cinco cuentas*. Cada vez que un salvaje cuenta *uno*, levanta un dedo de su mano; cada vez que un jugador de billar, por ejemplo, tirando con su bola, mete en una tronera la bola del contrario, se apunta *uno* y pasa una cuenta en el tanteador; cada vez que un devoto mete, si se permite la frase, un *Paternoster* en el Cielo, se apunta *uno* y pasa una cuenta en su rosario. Este y el tanteador se diferencian, sin embargo, notablemente. Claro está que no es lo mismo un rosario que un taco, el Cielo que una tronera, una bola que un Ave-María.

El rosario es un verdadero ábaco, pero no es un ábaco natural como la *mano*, ni un ábaco cualquiera como el *tanteador*; es un *ábaco religioso*, una *cuenta-oraciones*. El rosario no aparece en la cuna de las religiones, y es muy posterior á la costumbre de rezar, extraordinariamente difundida en los pueblos bárbaros y salvajes, para los cuales rezar es sinónimo de pedir á Dios.

¡Oh, Dios! (dicen los negros de la Costa de Oro). *Dadme hoy arroz, patatas y dinero; dadme esclavos, riquezas y buena salud; hacedme que sea diligente y fuerte.*

¡Oh Indra, Señor del trueno! dice una oración védica, *¡proporcionanos con mano pródiga todo cuanto nos hace falta... ¡Dame grandes riquezas, numerosos rebaños, porque tú eres grande!*

Los musulmanes rezan:

¡Oh Allah! *¡Desata las cadenas de los cautivos, condona las deudas á los deudores, concede á esta ciudad, como á todas las habitadas por los musulmanes, seguridad, riqueza y abundancia! ¡Oh, Soberano Señor de todo lo creado, danos seguridad y salud á mí y á todos los viajeros, á todos los peregrinos, á todos los guerreros, á todos los que andan errantes por el mar y la tierra, á todos los que son servidores tuyos! ¡Oh Soberano Señor de todo lo creado!*

Un nootka, al prepararse para la guerra, recita la siguiente piadosa oración:

¡Oh gran Quahaoote! *Concédenme que viva, que no caiga enfermo, que encuentre á mis enemigos, que no me asalte el miedo, que los encuentre dormidos y que mate muchos, muchos.*

Como se ve, todas estas oraciones, todos estos rezos, que consigna el eminente Tylor en su obra *Primitive Culture*, son verdaderos petitorios dirigidos á la Divinidad. Pero estos rezos, estos petitorios no tuvieron en un principio una forma convencional é inalterable; cada fiel pedía lo que más necesitaba y en la manera que Dios mejor le daba á entender. Era, por tanto, imposible entonces contar las oraciones.

Más tarde, éstas se uniformaron, se reglamentaron, se redujeron á una fórmula, á un patrón, que no era lícito á los fieles alterar. Desde entonces, la religión se *mecanizó*, se hizo posible en ella el peso y la medida; si las oraciones eran las mismas, y entre ellas no había diferencia de cualidad, claro está que la devoción, en cuanto á rezos, sólo podía medirse por la cantidad y por el número. Para esto la invención del rosario y del molino de rezos.

Sobre esta base, claro está que el budista que se rezaba diez rosarios al día, ó sean mil ochenta oraciones, porque su rosario se componía de ciento ocho granos ó cuentas, era más devoto que el que sólo conseguía rezarse nueve rosarios y pico.

Del rosario entre los católicos no nos incumbe ocuparnos aquí: los que profesen esta religión, que no son, á mi juicio, contra lo que se aparenta creer, la mayoría de los españoles, pueden ver en sus libros de devoción las numerosas indulgencias que se alcanzan según el rosario que se emplea, el Santo á que se dedica, y aun el lugar y la ocasión en que se reza.

El Pueblo español, que en general opina que *obras son amores y no buenas razones*, parece poco amigo de los que rezan, á juzgar por este refrán: *¡A la puerta del rezador, no pongas tu trigo al sol.*

Sin embargo, como el pueblo es un inmenso complejo, en él hay individuos que conceden gran eficacia al rezo del rosario. Así lo acredita esta copla de campanilleros, con que pongo fin á este ligero artículo:

Un devoto, por ir al rosario,
Desde una ventana se quiso arrojar;
Y ar des! ¡Dios te sarbe María!
Se jalló en el suelo, sin jaserse náa.

A. MACHADO Y ALVAREZ.

QUISICOSAS

¡Milagro! ¡Milagro! Era la palabra que de boca en boca corría en la anterior semana como una chispa eléctrica de uno á otro barrio, poniendo en verdadera conmoción á este vecindario de suyo tan pacífico y tranquilo.

Y no era el caso para menos. Un milagro en estos tiempos de incredulidad y de indiferencia, un milagro entre nosotros y al alcance de nuestros sentidos, y un milagro auténtico, verdadero, sin falsificación, no imitado como algunos que nos han referido, ni de contrabando, sino legítimo y de nuevo cuño, era verdaderamente un suceso digno de alterar las costumbres de los moradores de este pueblo.



tan *sanote*, y sacar de sus casillas á los aficionados á esta clase de espectáculos.

Decíase que una mujer sin instrucción y sexagenaria, provista de fe, había llenado un jarro antiguo blanco de pedernal con agua de la que sirvió para lavar al Cristo de Confalón. Que á los pocos días advirtió que el jarro había perdido su blancura natural, tomando ese tinte amarillento característico de la loza antigua, y que una vecina suya vertió el agua y llevó el supradicho á casa de una su amiga, fervorosa devota, que atribuyó á milagro la variación de color, y que, negado esto por un industrial incrédulo, se formó en el acto á un lado del asa y por fuera el contorno de un Cristo crucificado, y al otro la figura de la Virgen, y algo más retirado, las tres potencias del Crucifijo. Añadióse que el jarro había sido llevado á casa de una señora aristócrata, y de allí á que lo viera un sacerdote, y luego á otro, y que ambos habían manifestado que se guardara como joya valiosa, pues ya más adelante se resolvería. Todo esto acompañado de reservas, de misterios y de cuanto pudiera dar mayor interés.

Bastante menos que esto era suficiente para que los curiosos, los de *bone voluntatis*, y los guasones dirigieran sus pasos á la calle de Mendoza, núm. 17, casa en donde habitaba la persona favorecida de una manera tan visible, y todos con el distinto objeto que sus diversos caracteres les sugería.

Nosotros, con el doble carácter de curiosos y de periodistas encaminamos nuestros pasos á la morada donde se enseña el jarro, y llegados á la calle no tuvimos necesidad de preguntar cuál era la casa, pues el carrileo de personas nos la indicó; llegamos á ella, y apenas pasamos del pequeño portal, vimos lo siguiente:

En un patio de unos quince metros cuadrados se hallaban unas cuarenta personas de todos sexos y edades, agrupadas alrededor de otra de más estatura, y al parecer de setenta años, sorda por más señas, y que con su mano izquierda sostenía un plato en el que se encontraba un jarro que sujetaba con la mano derecha, cubriendo todo esto con un enorme paraguas abierto, que sostenía con una fuerte presión del brazo contra el cuerpo.

Preguntamos qué objeto tenía el paraguas, y se nos dijo por otra mujer, vecina de la casa y especie de *cicerone*, que era para que se viera mejor. Renunciamos á describir á la mujer dueña del jarro, porque á esta hora habrá muy pocas personas que no la conozcan.

Siguiendo nuestra relación, diremos á nuestros abonados que nos acercamos al jarro con esa emoción propia del que cree que se trata de una necesidad ó de una superchería, y en efecto, vimos un jarro de pedernal bastante antiguo y con un color propio del que cuenta con muchos años de servicio; mas, como este color era adquirido por el uso, resultaba que no era igual y continuo por toda su superficie, teniendo algunos manchones blancos, según el mayor ó menor grueso de la capa del vidriado.

Una de estas manchas presenta una silueta triangular, que lo mismo puede parecerse á un Crucifijo que á una matraca ó á un candil, según con los ojos, ó mejor dicho, con la intención con que se mire: nosotros no vimos en ella nada, y así lo confesamos ingenuamente. A la izquierda de aquella asa nos hicieron reparar en algunas manchas blancas, que decían ser la Virgen, y algo más retiradas, las potencias, cosas que no pudimos ver por más que fijamos la atención, sin duda por nuestra poca fe, pues sabido es que la fe influye mucho en estos casos. Pero en cambio y para confusión nuestra, unas ancianas que no veían tres sobre un burro, tuvieron la dicha de verlo todo, pero con un lujo de detalles que pasmaba, excepto la Virgen, que hubieron de confesar que no estaba muy clara; á lo que dijo un chusco, parodiando á Quevedo: «Sí, entre clara y entre yema».

Esto sacaba de sus casillas á los demás curiosos, y por no ser menos, todos miraban y veían cuanto habían mirado y visto los anteriores; y entonces volvíamos á mirar y á no ver más que lo ya dicho, y nos convencimos que tales maravillas no estaban para corazones empedernidos como los nuestros, y sólo estaban reservadas para esos corazones inocentes que se encierran en antigüedades del principio de este siglo y que aún conservan la fe de nuestros abuelos.

Porque el milagro creemos que debe ser cierto, y fundamos nuestra creencia en que hasta ahora ningún sacerdote lo ha negado desde el púlpito, y si no fuera cierto, así como desde la cátedra del Espíritu Santo censuran los bailes y los casinos, con mayor razón hubieran censurado esa superchería.

Ya hemos oído hablar de andar recogiendo ochavos para costear una solemne función al Santísimo Cristo, cosa muy beneficiosa, y aun creemos que no han faltado devotos que quieran comprar el jarro;

pero en esto se llevan chasco, porque la poseedora de él no lo vende ni aunque se lo pagaran á peso de oro. Pues qué, una prueba tan palpable de la bondad de Dios para con ella, ¿iba á darla por dinero, haciendo ese desprecio á la Divinidad? Bueno que preste el jarro para la cura de algún desahuciado, para alguna parturienta ó para otros efectos oportunos; ¿pero venderlo? De ningún modo.

Para concluir: todo esto ha sido una escandalera más de las muchas que diariamente se registran en la milagrería, y el clero, que todo lo que no sea estar con él lo anatematiza desde el púlpito, en esta ocasión no ha tenido una palabra contra semejantes necedades; sin duda habrán dicho sus individuos una frase muy conocida: *agazapati*.

Por apéndice vaya esta noticia. Hace dos años que no se lava el Santísimo Cristo de Confalón, y éste tampoco se ha lavado; luego el agua del jarro debió ser agua sucia, cuya procedencia la debe hacer muy sospechosa.

(El Cronista Ecijano.)

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

El señor cura párroco de Santa Olalla (Huelva) disputa al Demonio sus presas espirituales con un ardor tan grande, que esto ha dado pretexto á los impíos para decir que es algo *pelma*. ¡Pobres gentes!

Voy á referir á mis lectores el combate que ha sostenido para salvar el alma del incrédulo D. José María Jurado, presidente que fué del comité republicano de aquella población.

Hallábase éste sufriendo de la aguda dolencia que le ha llevado á la tumba, y, como todos los infelices libre-pensadores, ordenó en su testamento que se le enterrase civilmente, prescindiendo en absoluto de toda ceremonia religiosa.

Súpelo el señor cura, y deseando atraer al redil aquella oveja descarriada, se presentó en la casa del enfermo, suplicando á su familia y amigos presentes que le dejaran verlo como amigo. ¡Santa habilidad, digna de todo elogio!

Algo molestó esta súplica á un hermano del paciente, tan impío como él, pero por fin accedió por educación á los deseos del sacerdote; mas lo malo del caso fué que el D. José se negó á recibirle, por lo cual se retiró algo contrariado, sin perder por esto la esperanza de salvar á aquel pecador obstinado.

Por la noche volvió á la carga piadosa con idéntico resultado, y á las dos horas hizo una tercera tentativa, infructuosa también; y en éstas y las otras falleció el enfermo, llevándose Satanás su alma y dejando á la familia el cargo de enterrar su cuerpo; cargo que no pudo cumplir, porque el señor cura, administrador del sagrado recinto, se negó á entregar la llave y á ordenar el sepelio.

Acudieron al alcalde, y éste, que es tan católico como... alcalde, opuso algunas dificultades, hasta que, cansado un hermano del muerto, dijo dirigiéndose á los testigos que le acompañaban:

—Ustedes darán fe de que me he presentado á dar conocimiento de la defunción de mi hermano y que hago cargo del cadáver al señor alcalde. Si no quiere darle sepultura, lo volveré á casa, que, aun cuando esté quince días, no nos molesta.

Entonces el alcalde dispuso que al día siguiente se hiciera la inhumación en el apartado de disidentes, y así se verificó, acompañando al féretro gran número de impíos, herejes y excomulgados.

Por cierto que se fijaron en que, al lado de las sepulturas de los disidentes, se halla la del señor Ventana, cura párroco que fué de aquel pueblo y murió casi en olor de santidad; torpeza insigne, pues aunque ahora no se molestarán mucho unos á otros los muertos, ¡figúrense ustedes la pelotera que armará el Padre con sus vecinos los libre-pensadores, el día de la resurrección de la carne!

Para anatematizarla, por supuesto, voy á referir á mis lectores la impía conducta de un joven de Monforte que, envanecido con sus grandes conocimientos en Medicina, se atreve á controvertir en materia religiosa hasta con los eminentes Padres de la Compañía de Jesús.

El médico á que me refiero se ha dejado extrañar lastimosamente por las perniciosas ideas libre-pensadoras que tantos males acarrearán á la sociedad, á la familia y al individuo; así es que con fútiles pretextos negóse á la exhortación que le hizo su piadoso señor padre para que fuese á confesarse con los reverendos sacerdotes de la Compañía.

Un amigo de la casa, tan cristiano como oficioso, le dijo entonces que, ya que no quería confesarse, acudiese á una entrevista con los Padres y discutiese con ellos los motivos que tenía para negarse; y á

esto sí accedió, saliendo *incontinenti* el entrometido amigo á concertar con los misioneros la hora en que lo recibirían.

Por casualidad señalaron la en que el médico tenía que asistir á sus enfermos más graves, las cuatro de la tarde, y volviendo con la contestación el *correveidile*, trató de que dilataran la entrevista para las cinco y media, cosa á que no pudieron acceder los ilustrados señores, que aquella misma noche se marcharon.

¡Qué lástima! Seguro estoy de que, si la conferencia se verifica, hubieran desaparecido las sombras que nublan el entendimiento del joven, y, convencido, apesadumbrado y lloroso, habría hecho una retractación de sus errores y hoy sería un hijo amantísimo de la Iglesia.

Consuéleme la idea de que el sabio presbítero señor Ferreiro tomará á su cargo la empresa que los jesuitas por falta de tiempo no pudieron realizar, y, dados su talento y su piedad, no cabe duda de que saldrá bien de su empresa.

D. Sebastián, párroco de Bustillo (Zamora), no se sentía, al parecer, con fuerzas para moralizar su grey, y llamó en su auxilio á los misioneros.

Acudieron, y ¡vive Dios! que trabajaron el asunto de tal modo, y de tal manera cristianizaron el pueblo, que no le desecristianiza ya ni el mismísimo Satanás.

En la iglesia, en las casas, en las calles y en el campo, no se oye otra cosa más que cánticos de misioneros:

¡Perdón, oh Dios mío!
¡Perdón é indulgencia!
¡Perdón y clemencia!
¡Perdón y bondad!

ó aquello otro de:

Corazón santo,
Tú reinarás.

Y hoy D. Sebastián reina y gobierna y maneja y trastea al pelo á las jóvenes, transformadas en Hijas de María por obra y gracia de los misioneros.

Todo el día se lo pasan en la iglesia, rezo va, rezo viene, y siguiendo los sabios consejos del párroco, hasta las que usaban novio le han despedido, so pretexto de santidad. Supongo que la sobrina del cura habrá hecho lo mismo, pues no estaría bien que hubiera coto para las demás y no para ella.

El hecho es que los jóvenes casaderos están que trinan, porque los infelices, como no usan ama como el señor cura, no tienen con quién desahogar su corazón, á no ser que les cuenten á sus respectivas abuelas sus ternuras juveniles. ¡Y qué celos tienen del venturoso párroco!

Temiendo estoy que el mejor día cualquiera de ellos, ganoso de faldas ó envidioso del afecto que al cura profesan sus ex-novias, trinque una buena estaca y dé en tierra con la robusta humanidad del ministro del Señor.

¡No quiera Dios que mis temores se realicen! Mas si por desgracia sucediera, yo me encargaría de hacer el epitafio, que bien pudiera ser el siguiente:

Aquí yace el robusto Sebastián,
Que murió en la apacible compañía
De sus amadas Hijas de María,
Bajo el recio garrote de un jayán.

D. Juan, párroco de Villanueva de la Sierra (Cáceres), predicó hace días un sermón á los jóvenes de ambos sexos, exhortándoles á que acudiesen al santo tribunal de la penitencia y le refiriesen qué conversaciones tienen entre unos y otras, qué clase de juegos, etc.; y así han hecho ellos caso de la exhortación del cura, como yo del *schérif* de la Meca.

¡Y si fuera esto sólo! En vez de ir á confesarse, entretienen sus ratos en murmurar de un señor que anduvo y aún anda saltando por las tapias del molino de la Fuente del Arroyo, por *mor* de una graciosa Juanita, chica apetitosa, capaz de tentar al sacerdote más tibio; diciendo además que si la Feliciano y él, y si él y la Feliciano... en fin, un cúmulo de maledicencias.

Mejor fuera que murmurasen menos y rezaran más, y sobre todo que se abstuviesen de formar corrillos mixtos y andar en jugueteos (con las muchachas ellos, y con los muchachos ellas), cosa que al señor cura le disgusta mucho por el grave peligro á que se expone la virtud.

¡Oh jóvenes, que os vais á perder de un modo... que ni el señor cura os va á encontrar cuando os busque para conducirlos á la felicidad suprema! Hacedle caso á él, y veréis cuán bien os ponéis de carnes espirituales, que son las de recibo en el fieltro de la Bienaventuranza.

Aseguran que un individuo fué á una de las parroquias de Jaén á sacar un documento, provisto de

su correspondiente pliego de papel de tres reales.

El sacerdote, que estaba en el despacho, empezó á extenderlo; mas, después de escribir la primera palabra, advirtió que el asunto pertenecía á otra parroquia y suspendió la operación.

Encaminóse el feligrés á la iglesia que le indicara el trascordado presbítero, y presentó el pliego de papel, exponiendo su pretensión.

El señor cura, purísimo de alma, se negó á escribir en papel manchado; el solicitante corrió á referir lo ocurrido á la otra parroquia, y el de ésta, olvidándose un poco de la caridad evangélica, replicó: — ¡Pues el que haya hecho eso, es un...!

Aquí dos epítetos fuertes que no reproduzco, por el respeto que merecen los señores sacerdotes.

Tornó el buen hombre á la otra iglesia, contó lo ocurrido, y entonces el aludido le contestó:

— ¡El tal y el cual será el que ha proferido esas palabras! Dígaselo usted así.

El hombre, que no está al tanto de estas expansiones místicas, salió escandalizado y dispuesto á no ir más de Herodes á Pilatos, no fuera cosa que lo crucificaran.

Y yo ruego á los dos humildes sacerdotes que eviten delante de seglares estos naturales desahogos, por lo mucho que pierde con ellos la causa de la religión del Crucificado.

Considerando el respetable Sr. Valls, cura de Benicarló, cuán útil y provechoso sería para la juventud femenina un centro en que pasase los domingos bajo su paternal vigilancia, ha establecido una *costura dominical*, donde las jóvenes cristianas, pero virtuosas, se dedican á labores propias de su sexo.

Lo que discurre un sacerdote amante de sus hijas espirituales!

Allí anda de un lado para otro enhebrando agujas, quitando hilvanes, dirigiendo pespuntos, corrigiendo cadenetas y haciendo punto corrido.

No descansa un momento. Apenas se sienta á la máquina, ya está cualquiera de ellas diciéndole:

— Padre, ¿me quiere usted meter esta costura?

— ¡Trae hija, trae!

Y lo hace con toda la paciencia del mundo.

¡Pues no digo nada de los cariñosos pellizquitos con que aviva á las holgazanas!

¡Qué envidia le tengo! ¡Si yo fuera el maestro de tan virtuoso taller! Pero ¡ay! que es imposible sustituir al experto director que le maneja.

Es hombre que cose como un descosido, y corta... un pelo en el aire. Así es que, estimuladas por su laboriosidad, la mayoría de las jóvenes trabajan con tal fe, que dentro de poco tendrán aumento... de trabajos.

Estaré á la mira para cuando, pasados unos meses, se exhiban al público las labores confeccionadas bajo la batuta del señor párroco.

Copio de La República:

«¿Recuerdan nuestros lectores que hace algunos años se habló de una amante pareja, hijo él de un conocido carlista é hija ella de una familia que rechazaba el enlace, los cuales huyeron al extranjero y fueron á que los casara el Papa?»

Recordarán también que hubo cuestión sobre si debía, sobre si podía inscribirse en el Registro Civil la partida, y que esta inscripción no se hizo hasta que Romero Girón fué ministro de Gracia y Justicia.

Pues bien: á pesar de la alta, divina bendición del Papa, ese matrimonio vivió en paz muy poco tiempo, y la señora tuvo que apartarse del católico marido. Este reclamó á un Juzgado municipal de Madrid, el cual, sin haberse ni aun promovido cuestión de divorcio, acordó que aquélla fuese depositada y que no pudiesen servirla más que unas religiosas, las cuales, contra la voluntad de la ilegalmente depositada, se introducían y habitaban en la casa del depósito.

El juez de primera instancia levantó el depósito; pero es bueno que conste que hay jueces municipales que sin competencia y sin ley depositan á una mujer casada, enviándole, para que la sirvan contra su voluntad, religiosas, hermanas no sabemos de qué nombre.

Ese es el espíritu que crea y ampara la política de la Restauración. ¿Para qué más comentarios?»

Lo mismo digo: ¿para qué?

El respetable señor cura de Torrelavega, celosísimo por la salvación de las almas y lleno de amor hacia el Pontificado, dijo á sus feligreses desde el púlpito que en la sacristía se hallaba un álbum en blanco para recoger las firmas de los fieles que quisieran adherirse al mensaje de cariño filial que el señor obispo de la diócesis piensa dirigir á Su Santidad; exhortándoles de paso á contribuir con limosnas.

Pasaron unos días, y los feligreses, tentados por la codicia, se hicieron los suecos y no parecieron por la sacristía; mas no desmayó por eso el párroco, pues inspirado por la gracia divina, buscó quince beatas y organizó con ellas una junta recaudadora, que ha lanzado una circular y salido á recoger firmas y cuartos á domicilio.

Parece que este recurso ha dado lumbre, porque ni aun los más impíos se han atrevido á negar su firma ni su dinero á tan piadosas damas; y se explica perfectamente. De mí sé decir que, si me honrase con su visita alguna de las más jóvenes, no sé hasta qué punto de desprendimiento llegaría.

Se espera que esta colecta domiciliaria dará grandes resultados, mayores aún de los que suponen los padres y maridos de las postulantes.

Deploro muchísimo el percance sucedido al capellán del cementerio de la Habana, D. Manuel Rodríguez, á quien el juez de primera instancia del distrito de la Catedral ha mandado reducir á prisión por si, desempeñando el curato de la catedral hace veinticuatro años, inscribió por duplicado una partida bautismal, apareciendo el bautizado en un libro como perteneciente á la raza blanca y en el otro como perteneciente á la de color, habiendo quien dice que medió en ello algún negocio sucio.

Lo que más siento es que ambos documentos están asentados en el mismo día, y ni aun le queda al señor cura el recurso de decir que el blanco se volvió negro, ó viceversa, y en vista de la metamorfosis se lo llevaron nuevamente para que lo clasificase con la color recién adquirida.

Afortunadamente, son pocos los jueces que, como el señor Morales de Rada, se atreven á aplicar las leyes humanas á los ministros del Señor; mas no por eso deja de afligirme el saber que se halla encarcelado un presbítero que tan bien defendía los fueros de la Iglesia, negando sepultura eclesiástica á los que no creía dignos de ella.

En Santiuste de Coca (Segovia) existe un veterinario que en algunas ocasiones ha prestado al párroco muy buenos servicios, pero ahora están disgustados, porque el primero ha recogido caritativamente en su casa á la viuda del médico que fué del pueblo y sus cinco ó seis hijos, que perecerían de hambre sin esta protección.

Cree el señor cura que la viuda y el veterinario viven maritalmente, y suponiendo cierta esta hipótesis, se indigna, y con razón; porque si todos sus feligreses contrajesen esos matrimonios que los poetas llaman de amor y que no producen un céntimo á la Iglesia, los curas no comerían más que hostias benditas.

Aparte de su mente el virtuoso párroco ese juicio temerario, que puede oscurecer la nitidez de su alma, aproximadamente pura como la azucena y blanca como la piel del armiño.

Su ex-amigo, al dar hospitalidad y sustento á una señora desvalida y á sus huérfanos hijos, lo hace impulsado por un sentimiento de caridad muy laudable. Cualquiera señor cura haría otro tanto, ó mucho me equivoco.

Al saber que un señor cura había establecido en Valencia, sin autorización eclesiástica, una especie de convento, y que en una habitación reducidísima albergaba á siete monjitas que pagaban su cuota de entrada, y á quienes mandaba á pedir de casa en casa, díjeme: «Este no puede ser otro que mi feo, sucio y camandulero amigo Jaime Arnau, que se ha propuesto buscarse el panecillo de tan cómoda y divertida manera». Y como lo pensé resultó; pues efectivamente era él.

Lo admirable no es su constancia en vivir de este modo, sino su valor; ese gran valor que le hace olvidarse de que está reclamado por un Juzgado en Madrid para responder en la sumaria que se le sigue por excesos carnales, espirituales y metálicos cometidos en un convento de la misma índole que estableció aquí, y de cuyas resultas salió escapado, dejando en poder de la Justicia á la señora celestina que estaba al frente del serrallito místico.

Hay que convenir en que, si algún presbítero merece el dictado de valiente, es ese Arnau de feliz recordación é innoble catadura. Por lo tanto, digamos con el ángel: ¡Valiente presbítero!

No sé cómo se arreglará con las religiosas de Cuéllar el presbítero Sr. Borreguero, antes párroco de Aragonés (Segovia); mas supongo que le irá bien, dado su carácter amable y bondadoso.

Los impíos se obstinan en negarle estas buenas cualidades, porque en plena iglesia acarició al herrero Dionisio, que se negaba á hincar ambas rodillas á causa de tener mala una pierna; mas á mí me consta que no tienen razón, como tampoco en lo que dicen de si aquella Paulita que tuvo á su servicio, marchó á curarse de una temporal molestia que padecía.

Desprecie esas miserables calumnias, y siga el camino que se ha trazado; pues yo sé que ahora duplicará sus eminentes virtudes y enseñará á las Hijas del Señor á practicar la caridad y mansedumbre,

á ser humildes, dóciles, castas y puras como él. Y tantas cosas las enseñará, que convertirá el convento en semillero de virtudes, en vergel de divinas flores y en plantel de bienaventuradas.

Si así no sucediese, culpa será de ellas, pues yo aseguro que no ha de faltar al jardín de su corazón el riego espiritual de tan experto jardinero místico.

Quiera el Cielo que se aumente la comunidad y el número de bienaventuradas sea tan grande como las estrellas del firmamento y las arenas del mar.

A buena parte vienen los que piensan que yo he de prestarle á mortificar al señor cura de Codorniz (Segovia), por estos dos hechos que le imputan:

1.º Que había prometido á una devota, á quien apreciaba, que el ciego Timoteo, sacristán-organista, tocaría alguna pieza que le gustase; y que, habiéndose el músico olvidado del encargo, á mitad de la misa subió el sacerdote al coro y dió unas bofetadas que le hicieron ver las estrellas.

2.º Que es costumbre en dicho pueblo que las señoras que han dado al mundo algo de provecho (ó de perjuicio), cuando van á misa después de su alumbramiento, regalen una gallina al señor cura, y que éste se negó á decir la misa de purificación á una ex-parienta que no le había anticipado el ave por ser pobre.

Si los ciudadanos de Codorniz me cuentan eso creyendo que yo me he caído de un nido, y lo voy á creer, valiente chasco se llevan.

El pastor espiritual de Santa Cruz de Paniagua detesta como yo las innovaciones modernas que tienden á menoscabar la influencia y prestigio de nuestra Santa Madre Iglesia.

Vió en la plaza del pueblo un edicto en que se anunciaba un matrimonio civil, y ardiendo en santo celo mandó á unos chiquillos que ensuciaran con lodo el documento.

¡Muy bien, señor cura! Esos actos son muy meritorios para con Dios; y si quiere usted llegar al *summum* de la perfección cristiana, ruégole prescindir de esas partidas de tresillo que, si bien no son pecado, pueden ser ocasión para pecar.

Y si por casualidad acostumbra usted á tomar algunos vasitos de vino rancio fuera del santo sacrificio de la misa, absténgase de ellos, que Dios le recompensará la privación que se imponga con la eterna bienaventuranza, que á usted deseo.

¡Y qué paliza, Dios mío!

Me refiero á la que le han administrado á un conocido sacerdote de Santander.

Había intervenido en un asunto de conciencia, y lo ventiló con ese acierto, piedad y tacto que emplean los de la clase. Satisfecho de su hermosa misión se retiró á la sacristía, cuando hete aquí que un impío, no tan satisfecho, la emprendió con él á palos heréticos (que dicho sea de paso, son los que más tunden las costillas), poniendo al pobre señor como no digan sirvientes de presbítero.

Y lo más grave de todo es que los infieles aún tienen la audacia de mofarse del cura, asegurando que al otro día recibió una carta en que le decían:

«Doy á usted mi enhorabuena por haber sido elevado á la dignidad cardenalicia».

Y esto hallándose en el sagrado tiempo de Cuaresma. ¡Oh herejía! ¡Oh impiedad! ¡Oh siglo!

Ya sé cómo se llama el sacerdote de Minas de Río-tinto á quien apodan *Cara Ancha*, por tenerla muy desarrollada: se llama D. Manuel Montero, y es ecijano por más señas.

Pues bien; este señor Cara... digo, este señor cura, tan piadoso como carlista, predicó un sermón en el cual afirmó que estaban condenados cuantos habían asistido á la representación del drama *La Encubridora*, del malogrado García-Vao.

Y aun cuando esto no ha causado hasta ahora perturbación alguna en los favorecidos, suplico á tan celoso sacerdote que prosiga repartiendo á las almas el sustento espiritual con esa habilidad, y que Dios le conserve su robusta humanidad, su poderosa voz, y le aumente las beatas dóciles, sumisas y generosas, para que tenga ocasión de administrarles los dulces y abundantísimos consuelos que acostumbra.

Continúa el Sr. Cadavieco, de Ciudad-Real, predicando á las niñas en la iglesia de San Juan de Dios, y enseñándoles la doctrina y muchas cosas que las pobrecitas ignoran todavía.

El otro día, llevado de su fervor religioso, parece que dijo que los lectores y hasta los vendedores de periódicos impíos debían estar todos en una horca, y que, si llegara ese momento y él por un lado, apretaría el tornillo.

Encuentro muy justos los deseos del caritativo sa-

cerdote; pues ya que no se convencer los impíos de las verdades de nuestra religión, ahorcándolos tendrían por fuerza que rezar el Credo una vez.

¡Y qué espectáculo más edificante sería ver unos cuantos impíos agarrotados!

¡Apenas íbamos a gozar el referido presbítero, su amiga Bárbara la Niquipota, conocida por *trae y lleva*, y éste su afectísimo seguro servidor que besa sus manos!

Me preguntan algunos amigos si sé la causa de que el señor cura de Ramales haya suspendido sus visitas al círculo de recreo donde solía pasar algunos ratos honestamente entretenido en el tresillo, juego en que tiene algunos conocimientos.

Lo ignoro. Acaso lo haya hecho por atender mejor al cuidado y vigilancia de su joven, bellísima y robusta sobrina; ó porque, como estamos en el santo tiempo de Cuaresma, pensará entregarse á la mortificación de la carne, por más que no tenga necesidad de esto, pues harto le mortifican sus amados feligreses.

No hace mucho que le mataron de un tiro un perro en que tenía puestos los ojos; y, no contentos con esta criminal hazaña, se permitieron el grave desacato de silbarle cuando salía del templo.

La Autoridad local puso coto al atrevimiento de aquellos impíos, y desde entonces vive en paz, aunque siempre escamado, ese virtuoso presbítero.

Respetable Sr. Pagán, eminente predicador de Hellín:

Ruégole que no se deje llevar de su fervor oratorio con tanta frecuencia, pues tengo entendido que se permite usted hacer alusiones indirectas nombrando y señalando á los aludidos.

Sin ir más lejos, el otro día parece que cometió usted la ligereza de censurar públicamente á un comerciante conocidísimo, por el delito de no hinear en tierra más que una rodilla.

Procure usted enmendarse, señor cura; mire usted que los impíos han dado en decir irónicamente que los sermones del Sr. Pagán son de lo más paganos que puede imaginarse, y con esto nada gana la santa religión del Crucificado, por cuyo prestigio vela usted tanto como yo mismo en persona.

El Padre Mortara (ya saben ustedes quién es; aquel niño judío que secuestró el clericalismo en Roma, y que hoy ejerce de predicador trashumante en las Provincias Vascongadas); el Padre Mortara, repito, cayó ha pocos días sobre Irún, y en sus sermones atacó al partido zorrillista, y aseguró que los castellanos estamos pervirtiendo á los vascos porque les infiltramos perniciosas ideas.

Aludirá á la que procuramos inculcarles de que no deben tomar un fusil y andar por montes y breñas, expuestos á que les rompan la crisma por defender la causa de un imbécil, vicioso y libertino.

Si es esto, convengamos en que no le falta razón.

Supo el señor cura de Vespereira (Lugo) que un individuo que le paga anualmente un censo de tres duros había extraviado un recibo correspondiente al año 1885, y dicen ahora los enemigos del cura que le exigió el pago otra vez; que el feligrés le complació, pero que después se puso de rodillas con los brazos abiertos, y con un dolor de á tres duros le pidió á Jesucristo que no disfrutase salud hasta que se los devolviese, y que ahora el respetable párroco está enfermo.

¿Y qué quieren probar con esto? ¿Que Dios le ha castigado? Error. Dios no hace milagros á beneficio de los impíos.

El señor párroco de la Oliveira de Ribadavia acostumbra á bautizar de balde... á los hijos de los ricos, pero los pobres pagan religiosamente.

Esta conducta, que á los malos les parecerá censurable, está muy conforme con esta máxima evangélica: «El soberbio será humillado», etc.

Consecuente con ella, el referido sacerdote humilla á los poderosos, rebajándolos hasta el extremo de cristianar á sus hijos de limosna, y ensalza á los humildes haciéndoles pagar ni más ni menos que si fuesen ricos.

Repito que esto está muy en armonía con la doctrina de Jesús. ¡Como que es el Evangelio puesto en solfa!

Anda el señor cura de Santo Domingo (Orense) muy atareado en reclutar jóvenes del sexo feo para que acudan á cumplir con el precepto pascual; mas ellos ni á tres tirones quieren entrar por uvas.

Indignado por tan anticristiana conducta, predicó un sermón censurando á las madres de los rebeldes con violentas, pero justas palabras; mas no

dió lumbre tampoco el procedimiento, y ahora está preparando una *lista ignominiosa*, que colocará á la puerta de la iglesia y será como una especie de factura de los réprobos que á Satanás remite.

Bien hecho, señor cura. Duro con esos malditos que descuidan el negocio de su salvación é impiden el de usted.

Moraleja del Vino no es, como algunos creerán, la moral que del vino resulta, sino un pueblo de la provincia de Zamora.

Hace días estuvieron allí dos reverendos Padres redentoristas, que predicaron grandes sermones, sobre todo el P. Julio, que no tiene precio cuando sube á la cátedra del Espíritu-Santo.

Entre muchas cosas buenas que dijo, es digna de mención la siguiente:

«España es pobre porque en ella no se santifican los domingos, y es rica Italia porque allí se observan puntualmente».

Tiene mucha razón el Padre; exceptuando algunos impíos, que en vez de santificar las fiestas asaltan los conventos, Italia es una nación eminentemente católica, y por eso Dios la protege; lo que no le pasa á Inglaterra ni á los Estados-Unidos, que son protestantes, ni á Francia, por ser revolucionaria, pues estas tres naciones están castigadas por la Providencia con las dos plagas más terribles que se conocen: la libertad y el dinero.

El párroco de Gijón, llevado de su buen deseo de recaudar fondos para Su Santidad, ha puesto en práctica un procedimiento que demuestra claramente hasta qué punto se aguja el entendimiento con ayuda de la fe.

En cuanto acaba un feligrés de comulgar, se le acerca un monaguillo y le dice que pase á la sacristía á inscribir en un libro su nombre y domicilio sin decirle para qué.

Lo hace el devoto tal como se lo dicen y se retira tan satisfecho. De allí á tres ó cuatro días se presenta en su casa un clerical reclamando la limosna *prometida* para las bodas de oro del Papa, y entonces comprende el valor del acto que en la sacristía realizó.

Me parece que no se puede hacer más por el Padre de los fieles, ni trabajar mejor el asunto.

¡La piedad va á menos! ¡Muy á menos desgraciadamente!

Prueba de ello que en Manresa, donde siempre los fieles han acudido sumisos á la voz de los Padres jesuitas, andan ahora descarriados como cabras montaraces, sin acordarse de Dios ni de su alma. La desanimación de las últimas procesiones hacía llorar á los peñascos de la santa cueva.

Unos cuantos jóvenes (algunos de ellos movidos por interés mundanal), unas cuantas señoras mayores, feos por cierto... y pare usted de contar.

¡Pobre Manresa! Si no te enmiendas y haces penitencia, sufrirás calamidades terribles! Yo, nuevo Jeremías, puesta la mano en el bolsillo del chaleco correspondiente al corazón, te lo vaticino.

En Elanchove (Vizcaya) se han quemado dos casas: una de ellas la que ocupaba un Padre misionero. Con ese motivo dicen los incrédulos:

«¡Pues no veo la protección que Dios otorga á los que dan hospitalidad á sus ministros!»

Torpes, que no advierten que también permitió el Señor que á Job se le incendiasen sus haciendas, y luego se las devolvió con creces.

Como el oro se funde por medio del fuego, Dios prueba con tribulaciones á sus verdaderos amigos.

¡Por eso tiene tan pocos!

La Hermandad del Cristo de las Animas de Córdoba ha organizado una rifa de dos mil papeletas á real, siendo el premio una novilla de un año. La utilidad, por lo tanto, puede calcularse en mil setecientos reales.

Yo tengo el núm. 1.699. Como salga agraciado, vaya unos ratos que nos vamos á pasar un señor sacerdote amigo y yo echando los capotes al cornúpeto, y yéndonos después á cenar con unas amiguitas.

¡Uyuyuy!

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La casa editorial de D. Felipe González Rojas, calle de San Rafael, núm. 9 (barrio de Pozas), Madrid, ha principiado á publicar una novísima edición de *Don Quijote de la Mancha*, cuya entrega primera, que tenemos á la vista, es verdaderamente magnífica, tanto por su forma elegante y limpieza de tipos, cuanto por su ilustración en láminas de colores. Puede decirse que no hay edición más perfecta y acabada.

La edición que anunciamos tiene además la novedad de llevar nuevas y curiosas notas sobre las ya conocidas,

por cuyo motivo el *Quijote* que edita el Sr. González Rojas es el único que reúne cuantas condiciones son indispensables para que figure en todas las bibliotecas, mucho más si se tiene en cuenta su baratura. Cada cuaderno de 32 grandes páginas sólo cuesta *dos reales*.

La Casa de Salud de Auteuil (El Médico de las Locas), por Xavier de Montépin.—Precio, *dos pesetas*.—Madrid, 1887.—*Imprenta Popular*, á cargo de Tomás Rey, Plaza del Dos de Mayo, 4.

Interesante obra, quizás la más renombrada de su popular y fecundo autor.

De venta en todas las librerías.

Se han puesto á la venta en la Administración de la *Revista de los Tribunales*, San Bernardo, 50, 2.º, y en las principales librerías, al precio de *una peseta*, los *Programas para el ingreso en la Escuela general preparatoria de Ingenieros y Arquitectos*, con todas las disposiciones que sobre su organización y régimen se han dictado desde su creación hasta el día.

Damos las gracias al señor interventor general de la Administración del Estado, por habernos remitido un ejemplar de las Cuentas generales del Estado correspondientes á los años económicos 1871-72 y 1880-81.

Anuario Masónico Universal para el año de 1887, por Eduardo Contreras de Diego.—Año II, Madrid.—Precio, *una peseta cincuenta céntimos*.

De venta en la Administración de EL MOTÍN, y en casa del autor, Relatores, 13.

Góticos (Poesías), por José Martínez Medina, con un prólogo de D. E. Alonso Orera.—Precio, *dos pesetas*.

Se halla de venta en la librería de San Martín, Puerta del Sol, 6, Madrid.

Los Mártires del Presidio (Episodios de la Revolución española), por V. Moreno de la Tejera.—Robles y Compañía, editores, Magdalena, 13, Madrid.—Precio, *una peseta*.

Obra conmovedora, interesante é instructiva.

El primer acorde, versos por Vicente Díez de Tejada.—Precio, *una peseta*.

Véndese en la librería de San Martín, Puerta del Sol, 6, Madrid.

OBRAS NUEVAS

LA NOVELA DE URBESIERVA

(NARRACIONES)

FOR

J. FRANCO RODRÍGUEZ

Edición ilustrada.—DOS PESETAS

De venta en la Administración de EL MOTÍN.

Los corresponsales y suscritores á este periódico la obtendrán con el 25 por 100 de rebaja.

LOS JESUITAS

Su vida, costumbres, adulterios, asesinatos, regicidios, envenenamientos y demás pequeneces cometidas por la célebre Compañía desde su fundación hasta la época presente, por Ignacio de Lozoya.—Segunda edición, aumentada con la *Instrucción política*, ó sea la regla que dan á los padres jesuitas en su tercera profesión, para *valerse en el mundo con los seglares, valer con todos y no desfallecer jamás*.—Precio, *dos pesetas*.

De venta en esta Administración, y en las principales librerías.

Los suscritores y corresponsales de EL MOTÍN recibirán esta obra con el 25 por 100 de rebaja.

LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo.

Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á EL MOTÍN.

Se vende en la Administración al precio de TRES PESETAS.

ANUNCIO

Un amigo nuestro está coleccionando un libro, que publicará la Biblioteca de EL MOTÍN, para demostrar que el verdadero sentido religioso del pueblo español no es el que los ultramontanos dicen.

Agradeceríamos mucho á nuestros lectores que nos enviasen copia de los modismos, refranes, adivinanzas, tradiciones, leyendas, supersticiones, fiestas, romances (todo popular), relativos al Patrono del pueblo respectivo y al día en que se celebra.

MADRID

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4